

dad, es un relicario de lealtad sublime. Tres días pasé yo, hace años, visitando Metz, y por más insistencia que puse en buscar la huella de la influencia vencedora, no logré nunca experimentar la sensación de hallarme fuera de Francia. En todas partes, a todas horas, la dulce lengua de Verlaine (Verlaine, que era mesino) me acariciaba los oídos. Las miradas de las mujeres me hablaban de la gracia lorenesa. Los hombres, apenas el nombre de Francia invocado, palpitaban de fe patriótica. En el ambiente apacible y risueño de las callejuelas tortuosas, en fin, respiraba el aroma de la cortesía francesa, tan diferente de la amabilidad algo pesada de los germanos.

Pero si es cierto que en lo interior y en lo esencial los conquistadores no han logrado nunca, a pesar de sus esfuerzos pacientes, hacer cambiar la antigua fisonomía de la ciudad, en cambio han convertido sus inmediaciones en un campo atrincherado a la alemana; campo que, según parece, es el modelo más formidable del género. El oficial que hoy nos acompaña, y que ha estudiado en sus menores detalles la cintura de acero que encierra y oprime a la cautiva lorenesa, nos habla de las defensas que tenemos enfrente con verdadera admiración.

—No puede negarse—dice—que los *bochs* son grandes maestros en el arte de fortificar las plazas de guerra. Desde el año 1871 hasta estos últimos días no han dejado un solo instante de trabajar en las defensas mesinas. Hay algo de delirio de la persecución en esta fiebre de ingeniería. Con la vista siempre fija en el peligro de la revancha, desvivíanse por aumentar de día en día la resistencia de la coraza. A partir de 1900, sobre todo, la labor ha sido formidable. En poco tiempo triplicaron las líneas férreas estratégicas y construyeron el nuevo círculo de baluartes que no sólo pone a Metz fuera del alcance de los cañones de sitio actuales, sino que permite a sus tropas avanzar por el Oeste y por el Sur protegidas

por las baterías de largo tiro. Ya no se trata, en efecto, de una plaza únicamente de defensa, sino de ataque. En unas cuantas horas, gracias a la red ferrocarrilera de que disponen, pudieron, al declararse la guerra, amontonar en la frontera cantidades inverosímiles de hombres, de armas y de provisiones. Detrás de la línea de Estrasburgo existe la de Thionville-Sarreguemines, y, cruzándose con éstas, la de Treves, la de Maguncia-Sarrebruck, la de Sarreburgo, la de Remilly, la de Hargarten-Boulay. Cuando uno llega a Metz lo primero que le sorprende es la enormidad de la estación. ¿Qué necesidad puede tener un pueblo de 70.000 almas de semejante *gare*?... Capitales de primer orden no poseen una igual. Y, sin embargo, ahora se quejan de no haberla hecho más grande aún; tal es la intensidad del movimiento de las fortalezas y el resto de la comarca. ¿Ven ustedes en las márgenes de la izquierda del Mosela aquellas alturas, allá en el fondo?... Allí están los terribles *feste* blindados como cruceros y armados como *samurayes* japoneses: el *feste* Kronprinz en las inmediaciones de Ancy, el *feste* Kaiserin entre Rozerieulles y Gravelotte, amenazando la ruta de Verdun; el *feste* Lothringen, capaz de dominar la línea férrea de Conflans y la carretera de Briey-Longuyon; el *feste* de Horingmont, que une la plaza con el territorio de Thionville. Y en la margen opuesta, desde el Mosela hasta el Seilly, nos encontramos con Verny, Orny, Landremont, Santa Bárbara, Chesny, Crepy, Mercy, Groeben, Sastraw, Manteuffel, Haeseler, etc. Una verja de acero, reforzada ahora por innumerables alambrados, forma un baluarte contra los ataques de la Caballería en el vasto espacio comprendido entre el Seilly y el Mosela. Así, poco a poco, el perímetro del campo atrincherado, que era en 1889 de 25 kilómetros, es ahora de 75, lo que hace, si no imposible, al menos muy difícil, toda tentativa de sitio. Pero nuestro plan...

El oficial se detiene, como temeroso de revelarnos algo de lo que constituye el secreto del Estado Mayor.

—El plan francés—le dice un corresponsal inglés—no puede consistir sino en abrir una brecha en un punto relativamente débil del inmenso redondel, para tomar la plaza por asalto.

Otro compañero, que también tiene pretensiones estratégicas, contéstale:

—¡Imposible!... En un sistema de defensa como el que tenemos enfrente, las brechas para dejar pasar un ejército entero no se abren fácilmente. El plan más seguro consiste en dejar un cuerpo de observación ante las fortalezas para inmovilizar la guarnición mesina, y buscar por otro lado el camino del Rhin.

El oficial sonríe con aire enigmático, y murmura:

—Eso sólo el Estado Mayor lo sabe.

Luego, contemplando la tentadora torre, cuya silueta vaga destácase en el fondo claro, exclama:

—De una manera o de otra, lo indudable es que el día en que Metz vuelva a formar parte de nuestro territorio se aproxima...

¡El día de la reconquista!... Desde que estalló la guerra, esta región no piensa sino en eso. Los loreneses del territorio anexionado acuden huyendo de los rigores del régimen militar, y con los relatos de sus sufrimientos atizan el fuego sagrado de los que saben que tienen el deber de libertarlos del yugo germánico.

—Las tropas alemanas—agrega el oficial—se conducen ahora en Metz y en los pueblos vecinos como en territorio enemigo. Aquí acogemos a cada instante familias que logran atravesar la frontera huyendo de las atrocidades de los ulanos. Hace poco, un infeliz anciano llegó casi arrastrándose, y nos dijo que su hija había sido fusilada porque tenía escondida en su armario una bandera francesa. La más insignificante frase de simpatía para Francia es considerada como crimen de

alta traición. Las casas de los que abandonan su pueblo para refugiarse aquí son saqueadas. La *Gaceta* publica a diario amenazas terribles contra las familias lorenesas. Nosotros, que, estando en la frontera, vemos este cuadro lastimoso, esperamos con impaciencia el instante de ir a socorrer a nuestros hermanos martirizados. Bastaría una señal de los jefes para que todo el ejército volara hacia allá. La señal tarda... Pero ya vendrá..., ya vendrá, no lo duden ustedes.

Y hay tal fe, tal tranquilidad, tal confianza en la expresión del bravo guerrero, que a ninguno de nosotros se nos ocurre dudar de que nos hallamos en vísperas de uno de los actos más importantes del gran drama: el acto del rescate de la cautiva.

LOS ALPINOS EN LOS VOSGOS

18 de febrero.



Los rostros morenos, las boinas airosas y las mulas enjaezadas como en las montañas del Sur, nos transportan, de pronto, en medio de los oscuros pinares de los Vosgos, a otras regiones más claras y más familiares. «Son los cazadores alpinos», oímos decir. Pero para mí es, en medio de la nieve del Norte, el azul Pirineo, con toda su gracia y toda su animación. Las miradas ardientes, los perfiles angulosos, el acento mismo, sorprenden aquí cual una nota exótica. Los vosgianos de las aldeas, acostumbrados a otro tipo de guerreros, no se cansan de admirar a sus nuevos defensores. «A nosotros—asegúranos una muchacha rubia—nos resultan tan raros como los argelinos y los indios.» A mí, en cambio, me hablan de regiones profundamente amadas, de claras ascensiones por las laderas vascas, de alegres días de sol y de silencio entre las frondas inmóviles de la frontera franco-española.

Un periodista italiano me dice al oído con una emoción sincera:

—¡Pensar que estos hombres estaban educados para luchar contra nosotros y que ahora me parecen compatriotas, de tal modo se asemejan a nuestros soldados!

En efecto: con su ligereza esbelta y trigueña, los alpi-

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

nos han traído a los montes que dominan la tierra alsaciana algo del Mediodía sonoro y vivaracho. Nacidos en las alturas del Alpe o del Pirene, tienen, como es natural, un patriotismo francés tan profundo cual el de los loreneses. Si hubiera sido preciso guerrear contra Italia o contra España, nada habríales impedido cumplir con su deber. Pero basta interrogar a cualquiera de ellos, para convencerse de que la pelea en los Alpes sería para todos una triste necesidad.

—*Nous sommes des frères!*—exclama un teniente estrechando las manos de un compañero milanés.

Los alemanes, por el contrario, son los adversarios eternos, los *bochs* odiados, frente a los cuales ninguna tristeza empaña las pupilas brillantes de los buenos montañeses. ¡Ahl! ¡Las magníficas historias que ilustran ya los anales de la legión meridional! Un coronel prusiano publicaba, hace pocos días, en el *Hamburger Fremdeblatt*, un artículo en el cual rendía, con noble franqueza, un caluroso homenaje a «esos diablos azules que corren más que los gamos y que siempre corren hacia adelante». M. Mariaud, subprefecto de Saint-Dié, en un informe oficial sobre la terrible batalla del «Trou de la Mort», escribe, sin temor de herir la susceptibilidad de los loreneses: «Es, sobre todo, gracias a la heroica resistencia de los cazadores alpinos, a quienes los bávaros parecen tenerles un miedo muy grande, que el enemigo no logró pasar de nuestras posiciones de la Meurthe, que dominan el valle de la Mortagne, y abrirse un camino en la planicie de Epinal. En esos combates, alrededor de Saint-Dié, en la Chipotte, en la Croix Adoux, etc., donde la lucha fué terrible, donde las posiciones fueron perdidas y recuperadas doce veces seguidas, nuestros alpinos atacaban a la bayoneta con una temeridad inverosímil.» El elogio es hermoso. Pero tal vez más que el arrojo mismo, lo que entusiasma a la gente del Norte en estos soldados, tan diferentes como

aspecto de los bravos y silenciosos loreneses, es la alegría, el brillo, la animación y el lirismo en los instantes graves. Un repórter de *Le Temps* recordaba ayer que al caer en una emboscada un «diablo azul» había contestado al oficial prusiano que le intimaba la orden de rendirse:

... *Bayard de France,*
Ne craint roussin ni grossepanse
De l'Allemagne...

Y es que realmente todos ellos, acostumbrados a considerar al caballero sin miedo y sin reproche, como un alpino de otro tiempo, tratan de conservar, en la monotonía silenciosa y gris de la guerra actual, tan científica y aburrida, las maneras algo teatrales, pero hermosas, de los guerreros de antaño. Desde el general Bataille, que murió riendo en medio de sus oficiales consternados, hasta el último *pioupiou* de segunda clase, no hay un solo montañés que no deje, al sucumbir en esta nieve de la frontera germánica, una mancha de sangre más roja que la de los otros soldados. Bajo los pinos negros, el eco de sus palabras supremas suena con un acento casi gascón, tan diferente del acento lorenés, que a veces parece extranjero.

«No digo que sean más valientes que mis paisanos —escribe una dama de Epinal—, porque no hay raza superior a la nuestra en punto a bravura; pero tampoco lo son menos, y lo son de un modo que no acierto a explicar.»

Este modo, señora, es el de la antigua Francia legendaria, que la disciplina moderna se empeña en matar, por razones estratégicas, y que palpita siempre en los hombres de las montañas del Sur.

En el Cuartel general que visitamos, una corriente de buen humor, locuaz y sonoro, anima el campamento entero. Las trincheras están a dos kilómetros hacia el

Norte, y los que se hallan aquí, descansando hoy para volver mañana a la lucha, tienen en sus trajes las señales de las largas horas de siniestro encierro en los fosos de lodo y de nieve. La elegancia tradicional de los bellos regimientos de Saboya, que, según una frase, se cuidan como señoritas, ha desaparecido. Más de un uniforme está ya desgarrado, y muchas boinas han perdido su forma airosa. Pero esto no mata en los corazones montañeses ni la alegría ni el lirismo. Por mucha agua que caiga, por mucho fuego que llueva, el penacho meridional se yergue siempre inmaculado. El «morir habemos» que una voz misteriosa murmura día y noche en los corazones más intrépidos, se convierte, en los labios de los cazadores azules, en un ritornelo alegre. Lo único que les preocupa, en su gran orgullo ciranESCO, es morir mejor que el compañero. De las chozas de ramas de pino, en las cuales se alojan por grupos los soldados, las voces gorjeantes salen, sonando muy alto, y las frases que llegan hasta nuestros oídos son siempre entusiastas y fraternales. Allá, a lo lejos, un acordeón toca un aire de la montaña italiana. De entre una especie de choza de esquimales, brota un canto claro y juvenil, que dice:

Francs chasseurs, hardis compagnons,
Voici venir le jour de gloire,
Entendez l'appel du clairon
Qui vous presage la victoire.
Volez intrepides soldats,
La France est la qui vous regarde.
Quand sonne l'heure du combat
Votre place est a l'avant garde.
Francs chasseurs, hardis compagnons,
Voici venu le jour de gloire...

Este vivac meridional perdido entre la nieve de los Vosgos, es lo primero que, durante mis peregrinacio-

nes, me ofrece un cuadro parecido a los que todos hemos soñado después de leer las nobles crónicas guerreras de los siglos pasados.

Uno de los oficiales que nos acompañan en nuestro paseo por el campamento nos refiere anécdotas dignas de ser conservadas en la Historia. El 24 de diciembre, en la Tête de Faux, un sargento llamado Fallier cayó herido entre el alambrado que separaba a los franceses de los alemanes. Sus hombres, que no podían avanzar para recogerlo, a causa del fuego de las ametralladoras, suspendieron el ataque por miedo de herirlo. Al notarlo, el sargento les gritó: «¡Tirad!» «Vamos a matarte», le contestaron sus compañeros. «¡No importa; tirad, tirad!» Los soldados obedecieron. La acción era terrible y el ruido de los cañones y de los fusiles ensordecedor. Pero la voz del sargento dominaba el tumulto clamando: «¡Tirad, tirad, tirad!» De pronto su voz dejó de oírse. «¿Estás aún ahí?», le preguntaron. Ninguna respuesta. Al día siguiente, cuando fué posible recoger su cadáver, le encontraron diez y ocho heridas en el cuerpo. Más recientemente, en uno de los últimos combates, el oficial que mandaba el ataque de una trinchera notó que uno de sus cazadores no quería echarse boca abajo, a pesar de la orden, que le había repetido varias veces. De rodillas, con todo el pecho descubierto, seguía disparando. «¿Por qué no te echas al suelo como te lo mando?», preguntó, al fin, irritado. «Porque tengo en el bolsillo una botella de vino que no tiene corcho», le contestó muy serio. Ayer, en fin, en las inmediaciones de este campamento, un cabo realizó una proeza que tiene todo el sabor de una «gasconada» de *Los tres mosqueteros*, y que aún hace reír a los alpinos. El cabo Lafforgue, hijo de un pintor de los Pirineos, encontrábase solo en un pinar, cuando de pronto vió avanzar hacia él a cuatro ulanos. ¿Qué hacer en semejante trance? Su primera idea fué defenderse y vender cara la vida, como cual-

quier valiente. Pero de pronto una idea diabólica atravesó su cerebro. «Los voy a hacer prisioneros», se dijo. Y volviéndose hacia la espesura, gritó dirigiéndose a una fantástica patrulla: «¡A la bayoneta, compañeros; hay que matar a estos *bochs* que se atreven así a presentarse ante nosotros!» Los alemanes, convencidos de que entre los árboles había fuerzas importantes, tiraron sus armas y levantaron los brazos. Entonces el cabo dijo en alta voz: «No hay que moverse, mi capitán; yo solo los llevaré hasta el poste.» Luego, colocándose al lado de los ulanos, los llevó, al paso de parada, hasta el vivac más cercano.

El oficial que nos refiere estas anécdotas, agrega:

—Lo único que nos entristece, aquí, es el clima... Y no hablo del frío, ni de la nieve, sino de la falta de sol... En nuestros Alpes, hasta en los meses más rudos, tenemos luz. Aquí ya ven ustedes...

El cielo, en efecto, es gris, de un gris plumizo que pesa y angustia. Entre las copas negras de los pinos, el viento pasa, no cantando como en las montañas del Mediodía, sino lamentándose acongojadamente. En los caminos sinuosos que las mulas pisan sin descanso, la nieve mezclada con el barro forma innumerables canales de cieno. Y aun en los estrechos valles donde el suelo está immaculado, la nieve es pálida, una nieve que no brilla, que no tiene reflejos áureos cual en las cimas de Italia y de España.

En una llanura que se extiende hacia el Norte, las cruces, ya ennegrecidas por la lluvia, destácanse abriendo sus brazos humildes con un ademán de franca resignación. Píadosamente, los que continúan de pie, esperando sin temor la muerte, han escrito en la madera el nombre de los que ahí reposan. Más tarde, las familias de otras montañas francesas que se hallan muy lejos, vendrán a recoger los restos de sus muertos queridos, para llevárselos hacia los cementerios meridionales. En-

tonces ya no será una línea la que podrán los hombres del porvenir leer en las tumbas, sino lapidarias leyendas de heroísmo, que servirán de consuelo a los que lloran.

—¡Ah!—nos dice un viejo comandante saboyano señalándonos el campo santo—, no pueden ustedes tener una idea de la valentía con que nuestras mujeres aceptan la idea de la orfandad o de la viudez, con tal de estar seguras de que les queda una herencia de gloria. Una madre escribía poco ha a su hijo que se halla prisionero en Estrasburgo: «Supongo que si te cogieron es porque estabas herido y no podías defenderte; ven pronto para que yo pueda curarte; pero si no estás herido y te entregaste, no vuelvas nunca, pues el pueblo se avergonzaría de tí.» Quedarse en la miseria no asusta a nuestra gente. Quedarse sin honra, eso sí. Es un rasgo de nuestra raza...

Otro rasgo de los rudos Alpes es la solidaridad. En los instantes actuales todos los alpinos son hermanos. Hace poco, en este campo de tumbas, dos mujeres oraban, arrodilladas, ante dos cruces vecinas. Una de ellas era una noble dama de Grenoble, cuyo marido, capitán, murió en septiembre. La otra era una pobre muchacha de Gap. Después de limpiarse los ojos, las dos mujeres incorporáronse al mismo tiempo y se encontraron frente a frente.

—He venido a visitar a mi esposo—murmuró la dama noble—. ¿Usted también?

Algo confusa, la otra contestó:

—No...; era mi amante...

—Lo mismo es...

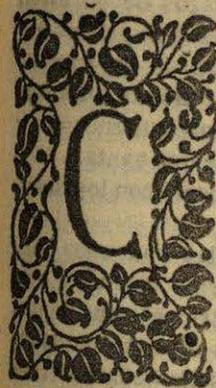
Y tomando de la tumba de su muerto la mitad de las flores que había llevado, echólas sobre la cruz cercana.

Luego, acercándose a la muchacha que lloraba, la abrazó diciendo:

—Las dos somos viudas ante Nuestro Señor...

LOS ALEMANES EN LUNEVILLE

23 de febrero.



CUANDO leemos las viejas crónicas lorenasas, nos formamos de Luneville una idea encantadora. De Nancy, de Toul, de Bar, de todos los grandes centros aristocráticos del ducado, los caballeros y las damas que querían gozar gentilmente de la existencia encaminábanse hacia los bordes del risueño Vezouse en sus carruajes áureos. Los célebres boscajes del castillo de Leopoldo servían de modelo a los discípulos de Watteau para pintar las fiestas galantes del Este. En la corte, bajo los plafones poblados de cupidos y de venus, las marquesitas formaban, alrededor de madame de Ligneville o de madame de Boufflers, un enjambre de abejas de amor. En París mismo, los filósofos cortesanos, siguiendo el ejemplo de Voltaire, y los abates voluptuosos, obedeciendo a las órdenes de La Galaizière, aceptan presurosos las invitaciones de la princesa de Beauvau Craon o de madame Châtelet. Desde los tiempos de Leopoldo—dice Beaumont—Luneville es un Versalles sin altanería, aunque no sin protocolo. El duque es de su raza y gusta de tratar con sus más humildes súbditos; se divierte en convidar a su palacio opulento a los notables, y hace acompañar en sus coches a sus invitados plebeyos. La vida es más alegre

en Luneville que en Versalles. El duque baila; los cor-tesanos desempeñan papeles en las comedias. Ahí debu-ta Adriana Lecouvreur, primero; luego, la divina Clai-ron. Se declaman versos de Corneille, se representan obras de Molière, se oye música de Lulli. En los tapices verdes el oro rueda. Las calles ven desfilarse risueños cor-tejos. Comparado con Luneville, Nancy es triste.» Las intrigas de la aristocracia hacían reír al pueblo. Cuando Voltaire encontró a su querida en brazos de un joven oficial, la burguesía tuvo risa para toda una primavera. Los amores de las lindas damas eran un espectáculo público. El entierro de la bella Emilia fué tan suntuoso como el de un príncipe, y el pueblo lloró sus encantos y sus pecados mejor que las virtudes de una santa.

Todo esto, ya lo sabíamos, desapareció con los sobe-ranos lorenenses...

Pero es tan grande el prestigio de las imágenes anti-guas, que mi desilusión, al encontrarme con un Lune-ville industrial, gris y burgués, me llena el alma de me-lancolía. ¿Dónde están los boscajes de antaño, dónde las casas linajudas, dónde las verdes alamedas?... Ni en los nombres de sus calles principales, la ingrata ciudad ha querido conservar el recuerdo de los esplendores de antaño. He aquí la rue Thiers, la rue Bareaudon, la rue Gambetta, la rue Carnot... Las tiendas ostentan escapa-rates vulgares, las casas modernas tienen fachadas par-das, las chimeneas de las fábricas manchan con su humo el horizonte. ¿Queréis ver la iglesia de Juana de Arco? La gufa local os advierte que fué inaugurada hace dos años. ¿Buscáis en el teatro la huella ligera de mademoi-selle Clairon?... El teatro data de 1911... El castillo mis-mo está convertido en cuartel desde hace tiempo.

En realidad, todo Luneville es un cuartel en época de paz. Los cinco mil hombres de su guarnición ordinaria constituyen su verdadera admiración y hasta, puede decirse, su única alegría. Los otros veinte mil seres que

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

pueblan, son, en su mayoría, obreros que trabajan en las fábricas de los alrededores, y en su minoría burgueses ricos que llevan una existencia retirada, tranquila y silenciosa. Ahora mismo, a pesar de la tragedia, nada indica fiebre, angustia, emociones. Y no obstante, si hay lugar que guarde aún abiertas las heridas de sus recién-días de dolor, es éste. Todo el barrio industrial por el cual hemos entrado, está convertido en un campo de ruinas. Muchas de sus familias llevan luto por las vícti-mas del furor teutónico. Su palacio municipal ha sido in-cendiado. Su prefectura, destruída. Durante veinte días, en fin, el enemigo fué dueño absoluto de la población. Yo recuerdo, pensando en ello, los rostros irritados, los ges-tos exaltados de los habitantes de las aldeas de las inme-dias de París, por las cuales el invasor no hizo más que pasar una noche pillando las tiendas, y los comparo con esta serenidad de los hombres de la frontera.

El alcalde, M. Keller, nos recibe en sus magníficos salones, que parecen adornados para una fiesta.

—Una copa de champaña—nos dice.

Luego, acompañado de su mujer y de algunas damas vestidas de enfermeras, nos hace visitar su casa, un ver-dadero palacio histórico, en el cual se firmó en 1801 el Tratado de Luneville. La señorial escalera conserva aún los candelabros de bronce que iluminaron el cortejo de los embajadores. En las galerías, los tapices perpetúan las imágenes de los guerreros de otro tiempo. Cada mueble es una reliquia de los grandes siglos.

La charla se anima entre evocaciones y sonrisas.

—Debe parecerle muy triste esta comarca sin sol y sin alegría, a usted, que viene de España—exclama la alcaldesa, dirigiéndose a mí.

Y como trato de elogiar los paisajes delicados de los Vosgos, agrega:

—Yo soy de los Pirineos, y no he podido nunca acos-tumbrarme a este cielo ..

M. Keller, por el contrario, es el tipo del hombre del Este, fanático adorador de su tierra, de su clima, de su raza.

—Por salvar a mis paisanos de las atrocidades alemanas— asegura—, habría dado con gusto mi vida.

Su rostro es serio, y se nota desde luego que no son vanas palabras las que pronuncia. Su conducta durante la ocupación, demuestra, por lo demás, que, desdendiendo su propia seguridad personal, no pensó sino en defender a sus *administrés*. Cuando las tropas prusianas penetraron, el 21 de agosto, el bravo alcalde adelantóse a recibir al Estado Mayor y se declaró responsable de todo lo que la población hiciera. Un general le dijo:

—No tienen nada que temer los paisanos, mientras no cometan ningún acto hostil contra nosotros. Pero si atacan a uno solo de mis soldados, el primero a quien haré fusilar es a usted.

—No me intimidan sus palabras—contestóle el representante de la Municipalidad.

Durante los primeros días los prusianos mostráronse respetuosos de las leyes de la guerra, contentándose con requisar todo lo que necesitaban para sus subsistencias. Los jefes alojados en casa de M. Keller aseguraban que no tenían queja ninguna y que no había que creer a los que hablaban de abusos militares cometidos en otros pueblos. Las tropas germanas, según ellos, no eran una horda bárbara, sino una formidable legión disciplinada y culta.

—Yo llegué a creerlo—nos dice el alcalde—, y me regocijaba de la relativa calma de Luneville, cuando el día 25, al salir a la calle, encontréme con un grupo de soldados que disparaban sus fusiles contra las ventanas de una casa. Un oficial los mandaba. Yo me acerqué a él, y después de decirle mi nombre, le hice notar que sus jefes, alojados en mi hotel, me habían asegurado que no permitirían ningún acto violento. El oficial me

dijo que por las ventanas de aquella casa habían atacado a sus hombres. Luego agregó: «No es sólo aquí, sino en otras calles.» Entonces le propuse que diéramos un paseo por la ciudad para ver si era cierto que los habitantes se habían rebelado contra las tropas alemanas. Apenas habíamos andado unos pasos, encontramos el cadáver de un apacible ciudadano a quien yo conocía mucho. «Éste—me aseguró el militar—ha sido matado por las balas que salían de esa casa.» Nos hallábamos al lado de la Sinagoga, y la casa que me indicó era la del rabino, un verdadero santo, incapaz del menor movimiento de ira. «Entremos, si usted quiere», le propuse. «No vale la pena—contestóme—, pues ya hemos fusilado a los que ahí vivían.» Pensé en el acto en la hija del rabino, una encantadora niña de quince años, y dije al oficial: «Supongo que no ha sucumbido la señorita rubia que acompañaba al dueño de esa casa.» Con la mayor naturalidad exclamó: «La fusilamos.» ¡Ah, no pueden ustedes imaginarse la pena que experimenté en aquel instante! Los que así asesinaban a una inocente me parecieron capaces de todos los crímenes. «¡Pobre ciudad!—murmuré—. ¡Tus verdugos no se detendrán en el camino que han emprendido!» El alemán se echó a reír y dió orden a sus soldados para que me obligaran a andar de prisa. A lo lejos, las llamas comenzaban a iluminar el horizonte. Los gritos y los cantos de los bárbaros llegaban a mis oídos. «¿Qué pasa?», pregunté. El oficial reía. «Condúzcame usted a la Comandancia, donde me espera el general», le ordené, al fin, con voz descompuesta. Al oír hablar de su jefe, los que me rodeaban desaparecieron, dejándome solo, y así pude ir hasta el Municipio, que encontré ardiendo. La gente, consternada, acudía a mí para anunciarme las atrocidades que se estaban cometiendo. Más de veinte burgueses habían sido asesinados. El templo israelita acababa de ser incendiado. La fábrica Worms, también.

La esposa de M. Keller lo interrumpe diciendo:

—En aquellos mismos instantes, los generales que vivían aquí me hablaban con la mayor calma de la civilización alemana, jurándome que el Emperador deseaba establecer una paz durable con Francia.

El alcalde sonríe amargamente y prosigue:

—En cada esquina, aquella noche, alguna víctima yacía en las ruinas de su casa. No sólo contra los hombres se encarnizaban los alemanes. Ancianas, niñas, de todo había entre los asesinados. En la casa de los Dujon, a quienes nosotros conocíamos mucho, encontré tres mujeres muertas y un muchacho herido. «Han entrado como fieras—díjome éste—y nos han atacado, sin darnos tiempo de escondernos.» En realidad, era inútil tratar de esconderse o de huir. Los soldados registraban las bodegas y los graneros, matando a todo el que encontraban, sin reparar en edades ni en sexos. La infeliz señora Khan, enferma y octogenaria, sucumbió en su cama atravesada por una bayoneta. Yo sentía volverme loco y no deseaba sino morir vengando a mis paisanos. ¡Qué quieren ustedes que hiciera! La horda, ebria de sangre, llenaba las calles, cantando. En el camino de mi casa, donde pensaba encontrar a un general para echarle en cara su infamia, fui arrestado por una patrulla, que me condujo a un café, en el que se encontraban otros notables detenidos como rehenes. «Os vamos a fusilar a todos», me gritó un oficial a quien le dije mi nombre. Desde aquel día no volví a tener un instante de libertad.

—Y los generales—le pregunta alguien—, ¿segúan viviendo aquí?

—Aquí—contesta la señora Keller—, siempre aquí, tan tranquilos como si no hubiera pasado nada... Cuando yo les demostré mi inquietud por no ver llegar a mi marido, me dijeron que se hallaba en la Comandancia, donde estaba muy bien. «Permitidme que vaya a verlo»

les rogué. «Imposible—murmuraron—, imposible... Weiss se ha encargado de él.» ¿Y saben ustedes quién era el tal Weiss? Un comerciante alemán, que tenía un negocio en Luneville y que la víspera de la guerra desapareció, para volver luego, vestido de oficial, con las tropas invasoras. Como conocía muy bien la ciudad, indicaba las casas ricas y hacía sacar las arcas de caudales para que los soldados las llevaran a la estación del ferrocarril, de donde salían en el acto camino de Estrasburgo. Nunca hemos logrado saber a punto fijo el grado de aquel malvado; pero lo cierto es que todos los jefes se inclinaban ante su voluntad, dejándolo hacer lo que quería. A él me dirigí para poder ver a mi marido, y no me lo permitió. ¡No pueden ustedes figurarse los tormentos que sufrí en los primeros días!... A cada instante se me figuraba ver a los incendiarios quemar nuestra casa.

El alcalde murmura, acariciando una mano de su esposa:

—No hay que exaltarse...

Luego nos ofrece una nueva copa de champaña.

Y con la copa en la mano y con la sonrisa en los labios, siempre tranquilo, siempre suave, el alcalde de Luneville nos lleva hasta su gabinete de trabajo y nos hace leer un cartel amarillo que se halla pegado con cuatro obleas en un espejo.

—Es el *aviso* que los alemanes publicaron el 3 de septiembre para excusar sus crímenes y para aterrorizar a la población—nos dice.

Y leemos:

«El 25 de agosto los habitantes de Luneville dirigieron un ataque desde sus emboscadas contra las columnas y los trenes imperiales. El mismo día los habitantes han tirado contra nuestras formaciones sanitarias marcadas con la cruz roja. Además atacaron a los heridos del Hospital Militar, donde había una ambulancia ale-

mana. A causa de estos actos de hostilidad, una contribución de 650.000 francos fué impuesta a la Comuna de Luneville. La orden ha sido dada al alcalde de entregar dicha suma en oro el 6 de septiembre, a las nueve de la mañana, al representante de la autoridad militar alemana. Toda reclamación será considerada como nula. Ningún plazo será acordado. Si la Comuna no ejecuta puntualmente la orden de pago, se confiscarán todos los bienes exigibles. Además se ordenarán pesquisas domiciliarias y los habitantes serán sometidos al cacheo personal. El que esconda dinero será fusilado. El que trate de salir de la ciudad será fusilado. El alcalde y los notables, detenidos como rehenes por la autoridad militar, son responsables de la ejecución de la presente orden.

—¡Amén!—exclama M. Keller después de apurar la copa de champaña que tiene en la diestra.

Pero su esposa, que no es lorenense, sino meridional, y que no sabe sonreír con la ironía del Norte ante las circunstancias graves, se exalta hablándonos de todo lo que sufrió la ciudad y de todo lo que ella misma sufrió durante los días trágicos.

—Mi marido estaba detenido—dice—y esa gente quería que reuniera 650.000 francos de oro... Yo le hablé a uno de los generales... ¿Y saben ustedes lo que obtuve?... Pues que de la suma total, 50.000 francos fueran aceptados en monedas de plata... ¡Los miserables!...

—Calma..., calma...—murmura el alcalde llevándonos de nuevo hacia el salón de su hotel.

Luego, con gran filosofía, agrega:

—Lo importante era que se marcharan para no volver jamás, y eso lo conseguimos gracias a nuestras tropas... El daño que nos hicieron ya lo repararemos...

Una de las damas vestidas de enfermeras, que hasta entonces no ha pronunciado una palabra, interviene en la conversación.

—Hay cosas irreparables—dice.

Y con una voz muy armoniosa, tratando de dominar su emoción, nos refiere la historia siniestra de una amiga suya, llamada Mad. Weill. Esta infeliz, que alojaba en su casa a diez soldados alemanes, y los trataba lo mejor que podía, fué una tarde a acompañar a una pariente suya que vivía en un barrio retirado. Al volver, encontrándose de nuevo en el centro de la ciudad, vió con espanto que un grupo de oficiales disparaba contra un pobre hombre indefenso. A lo lejos, las llamas iluminaban el horizonte. Corriendo llegó hasta la entrada de su calle y notó que las tropas enemigas la ocupaban en desorden, tirando contra las ventanas. Al verla, los prusianos la rechazaron a culatazos. Un teniente la dijo: «No se pasa, so pena de muerte.» Pero ella había dejado en su casa a su marido, viejo y enfermo, y a su hija. Sin pensar en el peligro, sin hacer caso de las amenazas, deslizóse entre los energúmenos que la rodeaban y llegó hasta su puerta, donde comenzó su verdadero martirio. Un centinela, con la bayoneta calada, le repitió la orden del teniente, gritándole que si no se alejaba, en el acto sería fusilada. «¡Mi hija, mi pobre hija, que dejé ahí!», gritaba la infeliz. Entonces un oficial, riendo a carcajadas, hizole ver que toda la calle estaba ardiendo. Un café hallábase abierto, y en el interior había varios militares que bebían. La mujer se acercó a ellos, arrojándose y les pidió por Dios que la ayudaran a salvar a su familia. Uno de ellos le preguntó: «¿Es bonita tu hija?» Otro dijo: «La de al lado ya está tranquila.» Sin comprender, la madre preguntó si había podido escaparse. «No —le contestaron—, nadie se escapa; han tratado de matar a nuestros hombres y todos deben morir. Tu marido quiso salir y lo matamos a tiros. Tu hija está entre las llamas.» En ese momento el dueño del café se acercó y dijo: «Sí...; mademoiselle Weill tuvo la imprudencia de asomarse a la ventana y ponersé a gritar... Unos soldados entraron y